

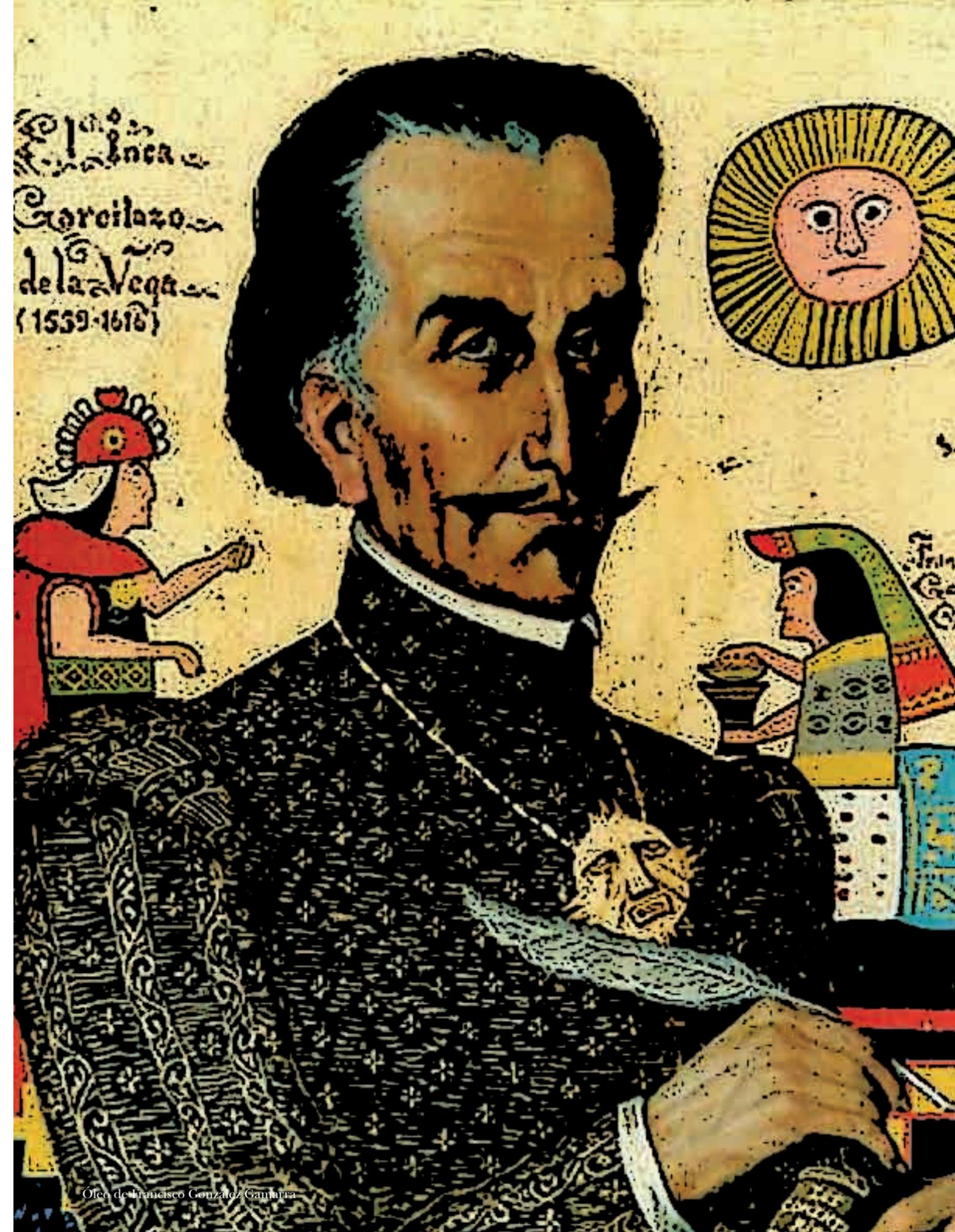
Cuatrocientos años de los *Comentarios reales* de **Inca Garcilaso de la Vega**

“Lo que mamé en la leche y vi y oí a mis mayores”

Juan Carlos Orrego Arismendi

¹
Durante los últimos meses de 1609, en el taller de Pedro Crasbeeck instalado en Lisboa, se dio término a la impresión de los *Comentarios reales* de Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), mestizo cuzqueño empeñado en ofrecer una historia verídica del más grande imperio andino y que, de acuerdo con la común opinión de la crítica literaria e historiográfica, bien puede ser considerado como el primer escritor americano. La obra había sido impresa en su cuerpo ya en 1608, pero sólo pudo acabarse la portada en el segundo semestre del siguiente año, cuando, gracias a los oficios del jesuita Jerónimo Ferraz, fue concedida la última licencia para publicarla.

El tema de la historia, costumbres y sujeción del imperio inca —o Tawantinsuyu— por los españoles había ganado el interés de los cronistas de Indias muy temprano, cuando apenas acababa la campaña conquistadora librada por la hueste de Francisco Pizarro entre el enclave costero de Tumbes y la encumbrada Cuzco, lo que cronológicamente abarca el período que va de agosto de 1531 a noviembre de 1533. Noticias sobre los descubrimientos y hechos de dicha expedición fueron incluidas en varias obras de esa misma década: *La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla* (1534) atribuida a Cristóbal de Mena, la *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534) de Francisco de Jerez y la primera parte de la *Historia natural y general de Indias* (1535) de Gonzalo Fernández de Oviedo. Dos décadas después de la ejecución de Atahualpa ya se publicaba en Sevilla la que habría de ser considerada como la fundamental y más prolija de las relaciones sobre las cosas peruanas: *La crónica del Perú* (1553) del soldado y escritor extremeño Pedro de Cieza de León, cuyo ambicioso proyecto contempló la confección de otras tres partes que, sin embargo, permanecieron inéditas —e incluso anónimas— hasta la segunda mitad del siglo XIX. Animado por el conocimiento directo de las tierras peruanas y por las copiosas informaciones obtenidas directamente de los últimos sobrevivientes de la nobleza inca, Cieza de León consagró sus fatigadas noches a la escritura, tal como lo consigna en unas líneas que han terminado por hacerse célebres:



Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros muchos de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra; muchas veces cuando los otros soldados descansaban cansaba yo escribiendo. Mas ni eso ni las esperezas de tierras, montañas y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escribir y seguir a mi bandera y capitán sin hacer falta.¹

Entre otros cronistas españoles que escribieron sobre las cosas andinas antes y después de que se conociera *La crónica del Perú* —Francisco López de Gomara y Agustín de Zárate entre los más conocidos—, Cieza de León ha prevaecido gracias a su calidad de viajero por el noroccidente de Sudamérica, testigo directo de buena parte de los hechos referidos y avisado recolector de la tradición oral indígena. Consciente de esa experiencia, el cronista afinsa en ella la autoridad de sus páginas: “En la mayor parte de los puertos y ríos que he declarado he yo estado, y con mucho trabajo he procurado investigar la verdad de lo que cuento”.² De ahí que en *Comentarios reales*, una obra que pretende reseñar, comentar y corregir las páginas escritas hasta entonces sobre la historia inca y la conquista del Tawantinsuyu, Inca Garcilaso cite a Cieza de León más que a ningún otro escritor, sin perjuicio del sentimiento reverente que el mestizo experimentaba frente a los escritos de los padres José de Acosta y Blas Valera.

Comprometido con el ideal de limpiar las noticias sobre los incas de la “corrutela española”, Garcilaso glosa con criterio innumerables pasajes de sus predecesores en el oficio letrado, y por mucho que sea el prestigio que cobije a estos, él rectifica con decisión los datos e interpretaciones que no encuentra acordes con su modo de entender la historia y cosas del Tawantinsuyu. En el proemio de los *Comentarios reales* advierte que, aunque ya se ha escrito mucho sobre Perú, “no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar”, y que él, nacido en la ciudad de Cuzco, tiene “más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado”.³ Así, la pretensión de Cieza de León de ser el más autorizado para hablar de Perú por haber estado allí, se ve desplazada por una que, entre otras cosas, anticipa buena parte de las luces proyectadas por la antropología de nuestro tiempo, y según la cual la condición nativa es el *non plus ultra* del conocimiento cultural: Garcilaso puede reclamar autoridad como relator de

lo peruano porque, más que haber *estado* allí, él *es* de allí, y no ha tenido que aprender la lengua de los informantes pues, según su propia expresión, la ha mamado en la leche de su madre. Sopesando esa condición biológica y social —o, más que eso, la vigorosa autoconciencia de dicha condición—, José Carlos Mariátegui hubo de reconocer a Garcilaso, a casi cuatro siglos de su nacimiento, como el “primer peruano”.⁴

2

El autor de los *Comentarios reales* nació el 12 de abril de 1539 en la ciudad de Cuzco, hijo del capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas y de la *ñusta* (princesa) inca Chimpu Ocllo, sobrina del monarca Huayna Cápac y nieta de Túpac Inca Yupanqui, y quien recibió el nombre de Isabel en la pila bautismal. Por su parte, el capitán descendía de una familia española ligada a las armas y las letras, en cuyo tronco se contaban las ramas de los poetas Jorge Manrique y Garcilaso de la Vega, el toledano. Como homenaje a uno de sus rancios parientes paternos, el mestizo cuzqueño recibió originalmente el nombre de Gómez Suárez de Figueroa, mismo que suplantó con el de Garcilaso de la Vega probablemente hacia 1563, esto es, poco después de su definitiva radicación en España. Posteriormente fue incluido en el nombre el título “Inca”, que, antepuesto al apelativo cristiano del autor, se asemeja a los nombres de buena parte de los reyes y nobles del Tawantinsuyu.

El capitán ibérico vivió en público concubinato con Chimpu Ocllo —según como era costumbre entre los conquistadores— y, cuando la abandonó en 1549 para casarse formalmente con la dama española Luisa Martel de los Ríos, el pequeño Gómez Suárez contaba ya con una hermana, la mestiza Leonor de la Vega. Por su parte, la madre contrajo matrimonio con Juan del Pedroche, un modesto mercader español cuyos haberes no podían compararse con los del capitán, a cuya mesa, según lo refiere su propio hijo, se sentaban habitualmente decenas de los más destacados colonizadores de Cuzco. Ello, sin embargo, no significa que la familia india haya gozado de una existencia tranquila antes del enlace del patriarca con Luisa Martel, pues la agitada vida política en la antigua capital de los incas le deparó sobre todo sinsabores. Cuando, en 1544, estalló la pugna entre el virrey Blasco Núñez Vela y el rebelde

Gonzalo Pizarro, el capitán huyó a Lima para ponerse de parte de las fuerzas reales, y eso tuvo como consecuencia que en Cuzco, tomado por Pizarro, la familia de Garcilaso fuera vista como blanco de guerra: la casa, tapiada, recibió en su fachada balas de cañón, y si Chimpu Ocllo y sus hijos no murieron de hambre fue por la comedida intercesión —aunque clandestina— de algunos vecinos. Más adelante, cuando el capitán volvió al lado de Pizarro —antes de separarse de él nuevamente para apoyar la avanzada real del presidente Pedro de la Gasca—, un incidente de la batalla de Huarina originó un capítulo nefasto en el destino del escritor mestizo: el capitán tuvo que ceder su caballo *Salinillas* al temerario Gonzalo Pizarro, lo que, décadas después, fue usado por el Consejo de Indias para negar una petición económica que Garcilaso había tramitado en razón de los servicios prestados por su padre a la Corona. El licenciado Lope García de Castro esgrimió contra el solicitante cuzqueño las páginas históricas de Diego Fernández de Palencia —cronista de los hechos de Huarina en la *Historia del Perú*— y lo desahució por ser el hijo de un traidor.

Meses después de la muerte del capitán —ocurrida en Cuzco en mayo de 1559—, Garcilaso partió para España con los cuatro mil pesos en oro y plata que le correspondieron por herencia. Fue un viaje sin regreso: la madre, que quedaba como esposa de Pedroche, habría de fallecer en noviembre de 1571, disolviéndose así, para Garcilaso, quizás el único aliciente valedero para contemplar otra vez las ruinas del pasado Tawantinsuyu, a la sazón casi demolido por los españoles. En la travesía hacia España tocó —entre otros hitos geográficos— las tierras hoy colombianas de Gorgona y Cartagena. Desembarcó en Lisboa, pasó inmediatamente a Sevilla y, hasta donde señalan las investigaciones sobre una biografía no del todo nítida, en 1561 se estableció en la villa de Montilla, cerca de Córdoba, en Andalucía, asistido en buena parte por familiares paternos. Uno de dichos allegados, el Marqués de Priego, se entusiasmó —según cuenta el historiador peruano José de la Riva-Agüero— ante el hecho de que el mestizo “venía de las Indias fabulosas y tenía sangre de los soberanos del Perú”.⁵ Garcilaso vivió en Montilla hasta 1591, y pudo desplegar en aquel período los hechos de armas y letras que habrían de ratificar lo que le deparaban los blasones de

su parentela ibérica: en 1568 obtuvo el grado de capitán sirviendo en los ejércitos de Felipe II, y cuando, años después, los ánimos guerreros se vieron remplazados por un genuino interés por las letras, estudió las literaturas española e italiana y tradujo los *Dialoghi d'amore* de Judah León Abarbanel, también conocido como León Hebreo. La traducción se publicó en Madrid en 1590 bajo el título de *La traduzion del Indio de los tres Dialogos de Amor de León Hebreo*. Por los mismos días ya pensaba, seriamente, en su proyecto de establecer la verídica historia de sus antepasados indios, de acuerdo con lo consignado en las páginas preliminares de la traducción: “[...] y con el mismo favor pretendo pasar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias de ella, y en sus antiguallas, las cuales, como propio hijo, podré decir que otro que no lo sea”.⁶ Pero mucho más adelantada estaba en aquel tiempo *La Florida del Inca*, una versión de la expedición de Hernando de Soto por tierras norteamericanas en que Garcilaso se había concentrado a lo largo de varios años —quizá desde los primeros días en España—, animado por los testimonios de un veterano de dicha campaña, Gonzalo Silvestre.

En 1591, y hasta su muerte, Garcilaso se radicó en Córdoba, para lo que se sirvió de la herencia legada por una tía. Posiblemente fue por aquellos días que nació su hijo Diego de Vargas, cuya madre fue Beatriz de Vega, criada del inca. Sin embargo, Garcilaso mantuvo una relación circunspecta con su mínima familia, al punto de preferir los hábitos: consta que en 1597 ya había tomado órdenes menores, y, consecuentemente, es tratado como “clérigo” en una escritura.

La entrada del nuevo siglo significó la culminación y divulgación de los trabajos más canónicos del escritor cuzqueño. *La Florida del Inca*, largo tiempo inédita —el prólogo había sido terminado en 1596 y los últimos retoques al cuerpo de la obra datan de 1602—, vio por fin la luz en 1605, en Lisboa. Tras las vívidas imágenes de ese épico fresco de la conquista de Florida —apreciado, hoy en día, más por sus galas literarias que por su rigor histórico—, en un capítulo del cierre, Garcilaso informa sobre el estado en que se encuentra la empresa de describir y comentar las cosas andinas: “este año de seiscientos y dos, estamos en el postrer cuarto de ella y esperamos saldrá presto”.⁷

Efectivamente, los *Comentarios reales* se publicaron en 1609, y su buena recepción en el Viejo Mundo está probada por las encomiables referencias a ellos y a su autor en diversos tratados de latinistas, gramáticos y estudiosos de las antigüedades, rastreables a partir de 1611.

A pesar de muchos achaques de salud y de la pesadumbre que por entonces le producía la idea de la muerte, el inca pudo terminar, en 1613, lo que pensó como una segunda parte de los *Comentarios reales*, esto es, el relato de cómo los españoles se apropiaron del Tawantinsuyu y lo que ocurrió en los Andes después de la ejecución de Atahualpa, episodio con que se cierra la obra de 1609. Pero como dicha segunda parte apenas pudo publicarse póstumamente, en 1617, los editores de Córdoba no siguieron la voluntad del autor y marcaron el tratado con el título *Historia general del Perú*. Ello ha escondido en algún grado la complementaria relación entre ambos libros, cuyas respectivas sustancias no plantean un simple díptico histórico — un antes y después del asesinato de Cajamarca—, sino, sobre todo, un juego de mitades culturales: las gestas de los ancestros de la madre por un lado y, por el otro, las bizarras aventuras del padre y quienes con él vinieron a América.

Inca Garcilaso de la Vega murió poco después de haber ajustado los setenta y siete años de edad, pero no hay claridad sobre el día exacto en que se produjo el deceso. De acuerdo con la lápida que, hacia 1623, se puso en la capilla de la Catedral de Córdoba en que descansan los restos, el escritor cuzqueño habría fallecido el mismo día en que lo hizo Miguel de Cervantes Saavedra, esto es, el 22 de abril de 1616; sin embargo, en el inventario de los bienes que se levantó inmediatamente a la muerte, se informa que ésta ocurrió el 23; mientras tanto, en la partida de defunción que reposa en los archivos de la catedral se lee que el día fatal fue el 24. Lo que no puede discutirse es que, al cerrar los ojos por última vez, Garcilaso de la Vega inició el sueño interminable en que habría de verse como el primer clásico de la literatura hispanoamericana.

3

El plan temático de los *Comentarios reales* se bosqueja con claridad en el título que originalmente le fue estampado en los talleres de Lisboa: *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan*

del origen de los Yncas, Reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los Españoles passaran a el. Escritos por el Ynca Garcilasso de la Vega, natural del Cozco, y Capitan de su Magestad. En efecto, los nueve libros y doscientos sesenta y dos capítulos que componen la obra definen como eje la sucesión, en el trono del Tawantinsuyu, de trece soberanos y un usurpador: esto es, la historia de varios siglos que corre entre Manco Cápac —mítico fundador de Cuzco, puesto en el mundo por el Sol— y Atahualpa, levantisco príncipe quiteño que arrebató a Huáscar —su hermano medio por parte del rey Huayna Cápac— el mando del imperio, justo cuando Francisco Pizarro entraba a saco en los Andes. Sabedor de su albedrío de autor, Garcilaso intercala en esta heroica saga, en calculadas dosis, descripciones y noticias sobre la geografía, los recursos naturales, la estructura política, las lógicas económicas, las fastuosas construcciones, la religión, los usos lingüísticos, las costumbres y la vida material del mundo inca, y, así —se trata apenas de un ejemplo del variopinto carácter de la enorme obra— la relación de la pugna fatal entre los dos hijos de Huayna Cápac se ve antecedida por un completo álbum agropecuario de las plantas, frutos y animales de los que se aprovechaban los indígenas. Sin lugar a dudas, la reunión en *collage* de múltiples temas y tonos —porque también ocurre que se transita entre la austera explicación geográfica y la narración más literaria, pasándose por doctas exposiciones filológicas, fervorosas homilias cristianas e incontables transcripciones de otros cronistas— es lo más singular de los *Comentarios reales* y lo que, a la postre, los ha situado con admirable equilibrio en el punto de confluencia de diversos géneros de escritura, reacios a las tajantes clasificaciones de la ortodoxia bibliotecológica.

Como en *La Florida del Inca*, se funden las pretensiones de establecer una historia verídica y hacer literatura. La relación de las conquistas de los soberanos incas es a todas luces épica y rosácea, aunque en ello hay algo más que la voluntad del narrador: al fin y al cabo, Garcilaso se alimentaba de la tradición oral atesorada por los *harauicus* (poetas) y *amautas* (filósofos y sabios), quienes, desde tiempo inmemorial, seguían el principio de recordar lo grandioso de cada monarca y olvidar tanto las ejecuciones banales como las mezquinas.

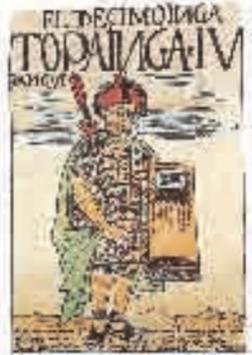
En esa medida, resulta excepcional que el libro quinto narre el reinado pusilánime de Yahuar Huácac, quien huyó de Cuzco ante una invasión de rebeldes del norte, dejando la defensa de la capital a su hijo Viracocha Inca, hasta entonces proscrito pastor de llamas. Más estratégica e intencionada es la vigorosa descripción, en las últimas páginas de los *Comentarios reales*, de la sevicia desplegada por Atahualpa contra Huáscar y la nobleza cuzqueña, pues es así como Garcilaso toma venganza de una traición que acabó por destruir la casi totalidad de las personas y haberes de la familia real asentada en la capital inca. Entonces, si no un tono épico, lo que se toma las líneas de la crónica es el hiperbólico afán de escribir la tragedia más cruenta:

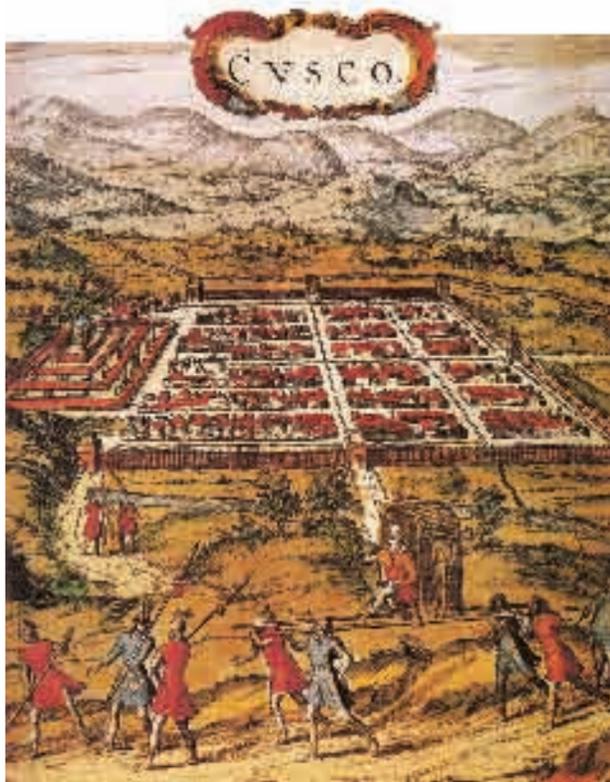
Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos fue la crueldad de Atahuallpa, que, no hartándose con la de doscientos hermanos suyos, hijos del gran Huaina Cápac, pasó adelante a beber la de sus sobrinos, tíos y parientes, dentro y fuera del cuarto grado, que, como fuese de la sangre real, no escapó ninguno, legítimo ni bastardo.⁸

También el método descriptivo congenia los afanes de la historia y los de la literatura, recurriendo con profusión a la ilustración de situaciones y actitudes a través de la anécdota específica. Así, la altivez que distinguió a los jefes incas se presenta materializada en el caso de un curaca del valle de Hacari que, habiendo planeado envenenar a un rival en una comida pública, aceptó beber la ponzoña sólo porque el otro lo retó a hacerlo; y la viveza de los monos del Nuevo Mundo se presenta, con inigualable gracia, a través de la historia de un simio cartagenero que compraba vino en las tabernas, arrojaba piedras contra los muchachos y acosaba a las mujeres presumidas. Consciente de la autonomía de estos singulares episodios insertos en el largo hilo de la historia del Tawantinsuyu, Garcilaso llega a referirse a ellos, en no pocas ocasiones, como “cuentos”. Otras veces, más que como ejemplos, estos cuentos aparecen como digresiones hechas con el propósito de hacer más largos los capítulos. Es lo que ocurre con el relato del robinsonesco naufragio del español Pedro Serrano en un cayo atlántico de la actual Colombia, anexado espontáneamente a una sección dedicada a establecer los límites del Tawantinsuyu. No debe callarse que, por su definido carácter de motivo narrativo, dicha leyenda fue novelada por el médico y escritor antioqueño Manuel Uribe An-

gel en *La Serrana*, presumiblemente hacia 1881 (del mismo modo que otros episodios, como parecerá natural, fueron aprovechados por Ricardo Palma en la confección de las diversas series de sus *Tradiciones peruanas* [1872-1910]).

La impresión de ficción que las anécdotas o exageraciones de Garcilaso dan a las páginas de los *Comentarios reales* ha hecho que la autoridad del escritor cuzqueño no se asocie unánimemente con sus reconstrucciones históricas. Pero sí se ha reconocido a una sola voz la supremacía del mestizo en sus reflexiones de índole lingüístico, particularmente en sus aclaraciones sobre las voces quechuas (no debe olvidarse que Garcilaso también dominaba el latín, y que los extensos pasajes que tradujo al español de la obra histórica del latinista Blas Valera, con la idea de ampliar la exposición de los *Comentarios reales*, son quizá lo único que queda del trabajo de dicho clérigo). Por supuesto, no se trata de un galardón menor, habida cuenta de que el cuzqueño enarboló su erudición idiomática como buena parte de lo que justificaba la escritura de su saga inca. En la crónica se corrigen las voces degradadas por el uso de los conquistadores —es representativo el defecto español de llamar *ingas* a los *incas*— y se aclaran incontables yerros semánticos, destacándose una larga disertación del inca sobre el término *huaca*, reducido por los españoles a la simple idea de ídolo para adorar —lo que en algún momento los llevó a figurarse un complejo politeísmo andino—, pero que, en realidad, entre muchas acepciones ignoradas, era usado comúnmente por los indios para aludir a cosas notables no necesariamente sagradas. El historiador norteamericano William H. Prescott, que en su *History of the Conquest of Peru* (1847) desdeña buena parte de los informes de Garcilaso por parecerle un escritor fantasioso y confundido





en virtud de las contradicciones de su espíritu híbrido, no puede dejar de reconocer su autoridad lingüística: “Garcilasso [...] se familiarizó con la historia de la gran raza Inca y de las instituciones nacionales hasta un punto a que nadie hubiera podido llegar, a menos que no se hubiese educado en el país, hablado el mismo idioma, y sintiendo correr en las venas la misma sangre india”.⁹

Sólo recientemente se ha advertido —eso sí, ante un puñado de voces muy específicas— que Garcilaso llevó su jactancia idiomática, quizá inconscientemente, hasta el extremo de suplantar o crear significados. El caso más especial quizá sea el de la palabra *cuzco* o *cozco*, que el cronista mestizo hace equivaler a “ombbligo” pero que, a la luz de otros documentos, quizá deba traducirse más exactamente como “mojón de posesión”; *pupu* es, en un sentido más franco, “ombbligo”. Lo interesante es lo que se adivina como causa del equívoco: la atenta lectura que el inca habría hecho de *Utopía* (1515) de Tomás Moro, pues allí Amaurota, la capital de la idílica isla, es definida como “ombbligo”. Así, en virtud del equívoco toponímico, Cuzco se sitúa discursivamente como el corazón de la utopía andina. Antonio Cornejo-Polar cree que su ilustre paisano, asediado por la necesidad de servir de puente entre dos mundos, amplió los campos semánticos de algunas voces quechuas en la bienintencionada búsqueda de códigos comunes entre americanos

y españoles. Finalmente, se percibe algo de malicia en la explicación filológica emprendida por Garcilaso para probar que no había gallinas en Perú antes de la llegada del ejército de Francisco Pizarro: el razonamiento se desvía hacia una discusión sobre el origen del nombre dado a dichas aves y pierde de vista la cuestión biológica de si algún tipo de gallina —con independencia de su apelativo— fuera natural de los Andes y, al final, la prolija exposición parece nada más que un pretexto para divulgar una curiosa sanción política: el hecho de llamar *atahuallpa* a las gallinas para escarnecer la memoria del asesinato de Huáscar; Garcilaso confiesa haber tomado parte entusiasta en la mofa: “muchos condiscípulos míos, y yo con ellos, hijos de españoles y de indias, lo cantamos en nuestra niñez por las calles, juntamente con los indiezuelos”.¹⁰

A través de las consideraciones de Garcilaso sobre la lengua general del Tawantinsuyu se percibe la complejidad de su fresco histórico, bosquejado con la idea de ensalzar las cosas andinas sin que ello signifique repudiar capitales valores hispánicos. En el dominio de la lengua, el mestizo establece sin ambages la grandeza y flaqueza de sus ancestros americanos, lo que le permite proponer el aporte español como el complemento justo que hizo de la vida en los Andes una civilización en el más redondo sentido. Los incas, según reflexiona el cronista, hablaban una lengua privilegiada que, en tanto aguzaba el entendimiento y el ingenio —“como a nosotros la lengua latina”—¹¹ les hizo aventajar a los antiguos pueblos peruanos y ganarlos para su proyecto expansivo; sin embargo, por no conocer un sistema de escritura como el de los conquistadores, el Tawantinsuyu no pudo alcanzar el máximo estado de desarrollo cultural:

[...] la desdicha de nuestra patria, que, aunque tuvo hijos esclarecidos en armas y de gran juicio y entendimiento, y muy hábiles y capaces para las ciencias, porque no tuvieron letras no dejaron memoria de sus grandes hazañas y agudas sentencias, y así perecieron ellas y ellos juntamente con su república. Sólo quedaron algunos de sus hechos y dichos, encomendados a una tradición flaca y miserable enseñanza de palabra.¹²

Garcilaso, cuyo sentimiento de ser parte de ambas tradiciones es evidente —su “nosotros” lo incorpora tanto a los Andes como a España—, concibe

como un gesto de positiva evolución el que de un imperio ingenioso haya recibido, por designio de la Providencia, la faltante gracia de la escritura.

Los *Comentarios reales* proponen la historia de una civilización *in crescendo*, apenas palpitante en la cotidianidad rústica y desnuda de los pueblos preincaicos, y acabada en el siglo XVI con la difusión de la escritura y el catolicismo, sin que ello, por supuesto, lleve a negar los excesos cometidos por la hueste hispánica en sus guerras de conquista. Y si bien objeta a los incas el no haber conocido la escritura —o, por lo menos, una al modo occidental—, Garcilaso les atribuye la lucidez de haber adivinado o anticipado, por imposición de una ineludible lógica natural, las nociones fundamentales del catolicismo. Tiene para sí que los pueblos del Tawantinsuyu estaban dispuestos a recibir las nuevas bíblicas más que ningún otro pueblo del continente: “[...] por experiencia muy clara se ha notado cuánto más prontos y ágiles estaban para recibir el Evangelio los indios que los Reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas”.¹³ Como sustento de esta pretensión aduce la existencia de la noción de *Pachacámac*, un dios invisible o desconocido que, creador de todas las cosas, controla incluso las fuerzas y movimientos del Sol —tenido por otros como la máxima divinidad del panteón inca—, y que por ello debe ser entendido como una representación del mismo Dios de los conquistadores. De acuerdo con Cieza de León —además de otras fuentes, incluso modernas reflexiones arqueológicas—, el de Pachacámac sería un culto preincaico asimilado por los señores de Cuzco cuando su movimiento expansivo tocó la costa pacífica al noroccidente de la capital del Tawantinsuyu. Sin embargo, el escritor mestizo no se aparta de la idea de que el culto es originalmente inca, y que los reyes y amautas de dicha nación dieron por providencial inspiración con la sagrada noción. Historiando los hechos del gobierno de Huayna Cápac, Garcilaso reproduce la conclusión a la que, según la tradición oral, llegó el soberano tras observar la rígida rutina solar: “Pues yo te digo que este Nuestro Padre el Sol debe de tener otro mayor señor y más poderoso que no él. El cual le manda hacer este camino que cada día hace sin parar, porque si él fuera el Supremo Señor, una vez que otra dejara de caminar, y descansara por su

gusto, aunque no tuviera necesidad alguna”.¹⁴ El mestizo refuerza su argumento con la idea de que en el pensamiento inca era muy fuerte la noción de la inmortalidad del ánima y con la noticia de que en Tumbes, en el norte del actual Perú, fue hallada por Francisco Pizarro una cruz de piedra, adorada por los lugareños y labrada desde tiempos prehispánicos.

El fervor de las dedicatorias que Garcilaso pone en sus libros —a la Virgen, a caballeros de la cristiandad—, el probado hecho de que vistió hábito de clérigo como producto de sus convicciones religiosas, y, en términos más generales, su condición de hijo de español del siglo XVI, bastan para entender el interés del escritor cuzqueño por incluir en el esplendoroso panorama de lo inca —ya intachable en términos políticos y económicos, e insuperable en las concreciones arquitectónicas de palacios y caminos, según lo que se escribe en los *Comentarios reales*— algunas nociones cristianas elementales, así fuera de modo apenas embrionario. Recientemente, sin embargo, la investigadora puertorriqueña Mercedes López-Baralt ha sugerido que el inca, ligado indeleblemente al mundo indio en medio de una España ahogada en el furor inquisitorial, quizás eligió, en su crónica, parecer más cristiano de lo que su sentimiento hubiera deseado:

El Inca escribe desde una España escindida tras la derrota de los hispanomusulmanes, la expulsión de éstos y de los hispanohebreos, y la constante persecución de los que decidieron quedarse en su tierra, forzados por la Inquisición a asumir la condición de conversos. La censura le obliga a cuidar con denuedo todo lo que dice y a usar la entrefineza, los silencios, la ironía, a veces el halago... De ahí que no debemos dejarnos engañar por la serenidad con que Garcilaso concilia los opuestos; tras ella late un dolor muy intenso que aflora pudorosamente en sus páginas. Leído cuidadosamente el texto, su mestizaje resulta más agonía que armonía [...]. Este distanciamiento de los suyos que Garcilaso se ve obligado a proclamar, quizá como estrategia protectora para evadir la censura, alterna al alimón a lo largo de la obra con su insistencia en declararse indio.¹⁵

Ya se trate de un mestizo profundamente cristiano o de un indio obligado a esconder sus *huacas* tras la fastuosidad de la Iglesia romana, lo cierto es que su obra es la primera que trata de articular —en el sentido de recomponer y conciliar— los pedazos de mundos desperdigados en el choque de la Conquista. En ese sentido, su gesto es pro-

fundamente americano —más que indígena—, y será la impronta que marque buena parte de la literatura de esta parte del mundo. Cuando José María Arguedas, en pleno siglo XX, escenifique el drama de la integración de indios, cholos y blancos en sus novelas y cuentos —clímax del indigenismo hispanoamericano—, volverá a las mismas ruinas cuzqueñas que inspiraron a Garcilaso. Es allí, en la antigua capital de los incas, donde inician los hechos de la canónica novela *Los ríos profundos*, con un protagonista que reconoce las huellas de la vieja pugna cultural: “Mientras trotábamos en la llanura inmensa, yo veía el Cuzco; las cúpulas de los templos a la luz del sol, la plaza larga en donde los árboles no podían crecer. ¿Cómo se habían desarrollado, entonces, los eucaliptos, en las laderas del Sacsayhuaman?”.¹⁶

4

Los *Comentarios reales* tuvieron buena acogida en Europa, al punto que en el mismo siglo XVII en que fue publicado se conocieron versiones en varias lenguas. En 1633 se imprimió en París *Le commentaire royal ou L'Histoire des Yncas, rois de Peru*, y en 1687 se publicó la edición londinense *The Royal Commentaries of Peru in two parts*. En Amsterdam se prepararon ediciones en 1704, 1706, 1715 y 1727. En consecuencia, la producción literaria de tema americano escrita en la Europa del siglo XVIII está influida notoriamente por las páginas de Garcilaso: teatro, poesía y narrativa beben de allí, y aun escritores como Voltaire y Jean-François Marmontel hicieron eco de los *Comentarios reales*. Voltaire, aunque tempranamente había ambientado un drama en los Andes —*Alzire ou les Américains*, en 1735—, dejó ver lo mejor de la entrelínea garcilasista en el relato *Candide ou l'Optimisme* (1759), donde el protagonista y su criado Cacambo visitan un enclave inca tan idealizado como las descripciones del cronista cuzqueño. Marmontel, por su parte, en *Les incas ou la destruction de L'empire du Pérou* (1777) —una novelada recreación de la conquista del Tawantinsuyu— cita más de diez veces la obra capital de Garcilaso, a quien prefiere entre otras autoridades sobre Perú.

Lo llamativo es que, en América, a los *Comentarios reales* les correspondió un destino opuesto de silencio y proscripción. Una voz mestiza que —sin importar su rindido catolicismo— ensalzara las bondades políticas de un reino indio no era, por

supuesto, lo que más halagaba el oído de la administración colonial. Se sabe que el rebelde José Gabriel Condorcanqui —Túpac Amaru II— se jactaba de tener el libro de Garcilaso entre sus lecturas de cabecera, razón por la cual, después de su ejecución en 1782, una real cédula dirigida a los virreyes de Lima y Buenos Aires ordenó recoger con discreción la mayor cantidad posible de copias, procurando que los americanos no aprendieran allí “muchas cosas perjudiciales”.¹⁷ Por su parte, en la libertaria *Carta dirigida a los españoles americanos* (1792) del jesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán, una larga cita de Garcilaso sirve para ilustrar la crudelísima muerte del primer Túpac Amaru a manos del virrey Francisco de Toledo. Como resultará obvio, la carta fue censurada “por subversiva del buen orden y tranquilidad pública, porque conspira a la anarquía, trastorna la religión, es sediciosa, turbulenta, cismática, engañadora y en extremo sanguinaria contra los españoles, contra el Estado y el Altar”.¹⁸

Consumada la Independencia, los *Comentarios reales* ya habían agotado su posibilidad de ser la obra histórica inca por antonomasia o, por lo menos, de ser reconocida como una fuente objetiva sobre las cosas del Nuevo Mundo: contra ellos había pasado factura el hecho de que, en la transición de los siglos XVIII y XIX, fueron referencia común en la extenuante disputa sobre la naturaleza de América y los americanos, suscitada entre los defensores del “joven” continente y los émulos de las negativas reflexiones del Conde de Buffon y Corneille de Pauw a propósito de la inferioridad y carácter degenerado del clima, flora, fauna y humanidad de América. Tanto acusadores como defensores de América usaron apasionadamente a Garcilaso, interpretando sus descripciones y reflexiones en el contexto de tajantes hipérboles. Por eso se entiende el desinterés de Prescott por el mestizo en la ya mencionada *History of the Conquest of Peru* (1847), una obra que desde su aparición se estableció como la más completa y prolija síntesis de todas las crónicas escritas sobre la conquista española de los Andes. El novelista colombiano Felipe Pérez, que entre 1856 y 1858 publicó cuatro novelas sobre la conquista de Perú —*Huayna Capac*, *Atahuallpa*, *Los Pizarros* y *Jilma*—, desdeñó la posibilidad documental ofrecida en los *Comentarios reales* y,

seguidor de Prescott, escribió que el inca era “el mas visionario i el menos imparcial de todos los cronistas del Nuevo Mundo”.¹⁹

Paradójicamente, por la misma vía de los ataques se inició la moderna restauración del libro de Garcilaso, cuyo fundamento es sobre todo literario. Marcelino Menéndez y Pelayo, inconforme con el proceder del mestizo en tanto historiador, llegó a establecer, en el curso de una diatriba escrita entre 1905 y 1914, que en aquellas páginas había sobre todo un proyecto literario, una “leyenda incásica” y una “novela tan utópica” trazadas con una “imaginación muy superior a la vulgar”.²⁰ La riposta de José de la Riva-Agüero, materializada en la conferencia “El inca Garcilaso de la Vega” (1916), aceptó los involuntarios laureles arrojados por el ensayista español y los extendió hasta la original idea de pensar los *Comentarios reales* —habida cuenta de su carácter de obra dictada por la memoria, cuyo escenario es no pocas veces la Cuzco de mediados del siglo XVI— como la obra pionera en el subgénero de los recuerdos de infancia.

Desde entonces, la historia inca que viera la luz en 1609 aparece como una flor exuberante en el invernadero de las historias de la literatura hispanoamericana. Enrique Ánderon Imbert, en su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), escribe: “El más genial de los mestizos escritores es el Inca Garcilaso de la Vega”.²¹ Mientras tanto, José Miguel Oviedo —en un extenso y reciente tratado, homónimo del de Ánderon Imbert— tiene para sí que el inca es acaso el escritor más adelantado de su época y, como si se tratara de dibujar a Rubén Darío, lo define como “americano con vocación universal”.²² Mario Vargas Llosa, en el Congreso de la Lengua celebrado en Valladolid en 2001, propuso que el logro más significativo del libro ocurría en el lenguaje y, con toda la contundencia del punto final, encomió así a su compatriota:

[...] si hay que buscar un hito clave en el largo camino del español, desde sus remotos orígenes en las montañas asediadas de Iberia hasta su formidable proyección presente, es de justicia recordar los *Comentarios reales* que escribió, hace cuatro siglos, en un rincón de Andalucía, un cusqueño expatriado al que espoleaban una agridulce melancolía y esa ansiedad de escritor de preservar la vida o de crearla, sirviéndose de las palabras.²³

No son cosas distintas la melancolía y el producto de las palabras del escritor: la entidad creada por quien se sabe, con triste conciencia, descendiente de un reino cuyo poder se convirtió en vasallaje, es la de la literatura indígena e indigenista del continente. Allí reside la originalidad de Inca Garcilaso de la Vega. ■

Juan Carlos Orrego Arismendi (Colombia)

Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Notas

- 1 Pedro de Cieza de León. *La crónica del Perú*. Madrid: Historia 16, 1984, p. 59.
- 2 *Ibid.*, pp. 84-85.
- 3 Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales de los incas*. Tomo I. Caracas: Ayacucho, 1985, p. 5.
- 4 José Carlos Mariátegui. *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta, 1971, p. 237.
- 5 José de la Riva-Agüero. *Obras completas de José de la Riva-Agüero*. Tomo II. *Estudios de literatura peruana: Del Inca Garcilaso a Eguen*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962, p. 30.
- 6 Inca Garcilaso de la Vega. *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*. Tomo I. Madrid: Atlas, 1965, p. 8.
- 7 Inca Garcilaso de la Vega. *La Florida del Inca*. Madrid: Dastin, 2002, p. 539.
- 8 Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales de los incas*. Tomo II, Op. cit., p. 273.
- 9 William H. Prescott. *Historia de la conquista del Perú*. Madrid: Istmo/José M. Gómez-Tabanera, 1986, p. 201.
- 10 Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales de los incas*. Tomo II, Op. cit., p. 252.
- 11 *Ibid.*, p. 93.
- 12 *Ibid.*, p. 100.
- 13 *Ibid.*, Tomo I, p. 36.
- 14 *Ibid.*, Tomo II, p. 228.
- 15 Mercedes López-Baralt. *Para decir al Otro. Literatura y antropología en nuestra América*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2005, pp. 130-131.
- 16 José María Arguedas. *Los ríos profundos*. Bogotá: Oveja Negra, 1985, p. 22.
- 17 Aurelio Miró Quesada. “Prólogo”. En: Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales de los incas*. Tomo I, Op. cit., p. XLI.
- 18 Juan Pablo Viscardo y Guzmán. *Carta dirigida a los españoles americanos*. México: F. C. E., 2004, p. 113.
- 19 Felipe Pérez. *Atahuallpa*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1856, p. 100.
- 20 Marcelino Menéndez y Pelayo. *Orígenes de la novela*. Tomo II. Buenos Aires: Emecé, 1945, pp. 152-153.
- 21 Enrique Ánderon Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I, México: F. C. E., 1993, p. 63.
- 22 José Miguel Oviedo. *Historia de la literatura hispanoamericana I. De los orígenes a la Emancipación*. Madrid: Alianza, 2005, p. 193.
- 23 Mario Vargas Llosa. “La lengua de todos”. En: *Alma Mater* (N.º 552, marzo de 2007). Medellín, Universidad de Antioquia, p. 24.